

El servicio doméstico en el marco de las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires, 1869-1914 *

*Cecilia L. Allemandi***

Resumen. El trabajo se inscribe en el estudio de los cambios económicos y sociales y propone demostrar la importancia que tuvo el servicio doméstico en el universo ocupacional de la ciudad de Buenos Aires de fines de siglo XIX y principios del XX. Realiza un recorrido por algunas de las transformaciones de la economía urbana, el desarrollo de los diversos sectores de actividad y las alternativas de trabajo más frecuentes de la población porteña. Asimismo, reconstruye el tamaño y la composición social de este grupo socio-ocupacional y plantea las dificultades que se presentan al momento de estudiar el servicio doméstico.

Palabras clave: Servicio doméstico; Mercado de trabajo urbano; Trabajo femenino; Ciudad de Buenos Aires.

Domestic service within the main transformations of Buenos Aires between 1869 and 1914.

Abstract. Current research inscribes itself within the investigation on economical and social exchanges and proposes to show the importance that the domestic service had in the occupational milieu of Buenos Aires by the end of the 19th century and the beginning of the 20th century. An analysis is conducted on the transformations of the city economy, on the development of several sectors of labor activities and the most frequent work alternatives of the city's population. The size and the social composition of the social occupation group are constructed and the current difficulties that exist in studying the domestic service are evaluated.

Keywords: Domestic service; Urban labor market; Feminine labor; Buenos Aires.

* Artigo recebido em 13/01/2012. Aprovado em 09/02/2012.

** Docente de Historia Social de la Universidad de San Andrés, Argentina. Becaria del CONICET. E-mail: cciallemandi@yahoo.com.ar

O trabalho doméstico no contexto das transformações na cidade de Buenos Aires (1869-1914)

Resumo. O trabalho inscreve-se no estudo das mudanças econômico-sociais e propõe demonstrar a importância que teve o trabalho doméstico no universo ocupacional da cidade de Buenos Aires de fins do século XIX e inícios do XX. Realiza-se um percurso por algumas das transformações da economia urbana, o desenvolvimento dos diversos setores da atividade e as alternativas de trabalho mais frequentes da população da cidade. Ao mesmo tempo, reconstrói o tamanho e a composição social deste grupo sócio-ocupacional e expõe as dificuldades que surgem no momento de estudar o serviço doméstico.

Palavras chave: Serviço doméstico; Mercado do trabalho urbano; Trabalho feminino; Cidade de Buenos Aires.

¿El porvenir de los domésticos se prevé oscuro?

Desde el último tercio del siglo XIX Argentina asistió a la aceleración de una serie de transformaciones asociadas a la consolidación del país en el mercado mundial (*boom* agroexportador) y el aluvión inmigratorio (entre otros procesos) que alteraron sustancialmente la fisonomía de Buenos Aires. La “fiebre de progreso” había convulsionado a la ciudad una vez que su puerto se convirtió en un nexo privilegiado entre el viejo y el nuevo mundo. Integrada al circuito comercial mundial, este centro urbano se constituyó en un paso obligado para la circulación de mercancías, ya que articulaba junto con Rosario la mayoría de los ramales de la red ferroviaria con su puerto de ultramar (LIERNUR, 2000, p. 413). Sin embargo, durante estos años por el puerto de la ciudad no sólo desfilaron mercancías sino también millones de inmigrantes que se aventuraron a cruzar el océano gracias a la arrogancia de los vapores y el ferrocarril. Arribaban a estas tierras en busca de trabajo, atraídos por una diferencia de salarios favorable y las posibilidades que este destino les ofrecía. Se establecieron en gran medida en unas pocas provincias del litoral y de la

pampa húmeda y sobre todo en la ciudad capital que experimentó el crecimiento más espectacular de su historia.¹

Fue en vísperas del siglo nuevo que aquella ciudad baja y con resabios coloniales trocó súbitamente en una gran metrópoli. Las actividades comerciales se fueron multiplicando y el ritmo afiebrado de esas transacciones se complementó con la creciente gravitación de las actividades financieras. A su vez, la ciudad resultó ser un importante centro de actividades administrativas porque en ella residieron desde 1862 las autoridades nacionales y la capital de la provincia hasta que, en el año 1880, el desenlace de la “cuestión capital” estableció su federalización y su institución como capital del país. A estos atributos puede agregarse uno más, porque además de mercantil, financiera y burocrática, Buenos Aires fue por esos años una ciudad industrial o tal vez para ser más justos, una ciudad con industrias (ROCCHI, 1994, p. 44; 60).

El crecimiento económico, el incremento poblacional y todo el esfuerzo empeñado en forjar aquella ciudad moderna tuvieron efectos multiplicadores sobre la economía urbana inyectando una vitalidad excepcional al desarrollo de la construcción, el comercio y los servicios, las manufacturas, los transportes y las comunicaciones. A su vez, la incorporación de nuevas tecnologías sumado a una demanda interna en expansión y a las modificaciones en el consumo -asociadas a la creciente presencia de extranjeros y la configuración de sectores portadores de nuevas pautas culturales- aparejaron importantes cambios en las actividades económicas urbanas y en el universo ocupacional de aquellos años.

En el marco de todas estas transformaciones un artículo publicado en *La Argentina* en 1904, constataba la situación del servicio doméstico en nuestro

¹ Las cifras son elocuentes: para 1869, la ciudad contaba con poco menos de doscientos mil habitantes y para 1895 albergaba más de medio millón; este número se triplica en veinte años, superando el millón y medio de habitantes para 1914. Durante las dos décadas siguientes vuelve a multiplicarse la población porteña que continuará creciendo más lentamente y de forma desproporcionada en relación al resto del país (RECCHINI DE LATTES, 2000).

país a partir de la publicación de un estudio sobre su evolución en Francia. Con la convicción de que las “leyes del progreso social” obraban paralelamente en todos los “países civilizados”, se sostenía que la disminución de sirvientes observada en aquel país también tendría lugar en Argentina. Y como -a juicio de este redactor- el servicio doméstico tenía “tanta actualidad como el conflicto del Extremo Oriente”, ameritaba realizar una serie de constataciones:

A medida que los años transcurren, el servicio doméstico se simplifica en cuanto a las faenas que tocan a los criados de las casas; esto es común a todos los países.

Los grandes banquetes, y a veces los pequeños, tienen lugar ahora en los hoteles; hay lavaderos, talleres de planchado; empresas o individuos que se dedican a la limpieza de vidrios, persianas, pisos y patios; cosa que no sucedía antes, muchas familias hacen llevar de la fonda los alimentos; los botines se limpian fuera de casa, los hoteles y casas de huéspedes desempeñan un papel más activos, pues los medios de comunicación facilitan el disloque de la familia (...); la “costurera de la casa” desaparece absorbida por el taller y las grandes casas de confecciones; las empresas de carruajes concluyen, aunque no muy apreciablemente con el cochero particular (...).

Esta disminución de las tareas domésticas fue notada a tiempo por los sociólogos, muchos de los cuales piensan que ha de llegar a un extremo que el sirviente desaparecerá en absoluto, bajo todas sus formas y en todas partes.

La mecánica, por ejemplo, es susceptible de revolucionar en un minuto la condición de los domésticos y aún puede decidir su desaparición. Hace poco se inventó una máquina para lavar platos y hortalizas. Mañana habrá -¿quién puede negarlo?- lavaderos de platos que tendrán automóviles para ir a buscar, y devolver después, la vajilla a domicilio. ¡El provenir de los domésticos se prevé oscuro! (LA ARGENTINA, 10 nov. 1904).

Las reflexiones que le provocaban los cambios que apreciaba son comprensibles porque lo que este comentador detallaba eran tan sólo algunas de las transformaciones en las actividades económicas y laborales operadas por el “torbellino modernizador”. Asimismo, notaba ciertos cambios en los usos y las costumbres asociados a la emergencia de nuevas formas de satisfacción de las necesidades y a las modificaciones en el consumo. Por último, apreciaba una tendencia fehaciente a la simplificación de una serie de tareas domésticas asociada a la incorporación creciente de tecnología. Y si a todos estos

elementos se le suma la disminución del servicio doméstico que acontecía en Francia, no es extraño que esta situación se presentara -a sus ojos- como un dato ineludible para el caso argentino. Es que ante la vitalidad de estos procesos y las evidencias disponibles, tal vez no fueron tan disparatados los augurios sobre tan oscuro porvenir, porque este observador compartía seguramente con muchos de sus contemporáneos una fe acérrima en “las leyes del progreso”.

Sin embargo, contra estos pronósticos, la significación cuantitativa del servicio doméstico en Buenos Aires ha sido innegable y lejos de reducirse, su número se incrementó de forma sostenida durante todo el siglo XX. Este segmento laboral fue sumamente relevante porque se constituyó en una de las alternativas de trabajo más frecuentes de los habitantes de la ciudad.

La economía urbana y el desarrollo de los sectores de actividad

El crecimiento económico y el desarrollo de las actividades urbanas, sumado a la expansión de la demanda, incrementaron los requerimientos de mano de obra y aparejaron transformaciones en el mundo del trabajo. Varones y mujeres de distintos orígenes y desde edades muy tempranas se incorporaron al mercado laboral. La población ocupada en la ciudad se multiplicó alrededor de diez veces en tres décadas y media, pasando de unos 90 mil a más de 1 millón entre 1869 y 1914.²

La demanda de mano de obra fue provista en gran medida por extranjeros que constituyeron por esos años más de la mitad de los trabajadores, representando entre un 60% y un 70% del total de la población ocupada. La incidencia de inmigrantes europeos en la formación del mercado

² Salvo que se indique lo contrario, las cifras que en adelante se presentan fueron elaboradas a partir de los Censos Nacionales de 1869, 1895 y 1914 y los Censos de la Ciudad de Buenos Aires de 1887, 1904 y 1909. En la construcción de los datos no se incluye la población ocupada “sin especificación” y población “sin profesión” que aparece en los relevamientos censales. Estas categorías han registrado cifras que rondan entre las 150 mil y 300 mil personas, siendo las mujeres las más afectadas por estas imprecisiones.

de trabajo fue sumamente importante ya que se trató en general de varones jóvenes y adultos en edad laboral (entre 21 y 40 años).³ Por su parte, la población nativa estaba constituida por indígenas, criollos, negros, mulatos y mestizos, a pesar de la fuerza homogeneizadora del expresión “argentinos”.

En relación a la proporción de varones y mujeres con empleo, cabe señalar que si bien el predominio masculino fue permanente, la participación femenina en el mercado laboral fue significativa, representando el 42% del total para 1887, reduciendo llamativamente su incidencia casi a la mitad para el cambio de siglo pero recuperando nuevamente su significación numérica hacia 1910 hasta llegar a representar el 44% del total para 1914. Esta tendencia se contrapone a una serie de estudios que destacaron para este período una caída abrupta de la actividad femenina.⁴

³ Las mujeres sólo constituyeron la tercera parte de los extranjeros provenientes de Europa. Esta tendencia casi constante sólo se interrumpió con el comienzo de la primera guerra mundial cuando no sólo redujo el número de inmigrantes sino que también disminuyó la proporción de varones, que aun así se mantuvo en el 60% del total de los extranjeros (CIBOTTI, 2000, p. 372).

⁴ Algunos trabajos han detectado la presencia de una pauta curvilínea en U, con altos niveles de participación para los estadios tempranos (predominio de producción doméstica y no remunerada) y tardíos (mayor participación extra-doméstica y remunerada) y bajos en los estadios intermedios de la evolución. Se señalan entonces tres momentos. En los inicios de la modernización económica una elevada participación femenina, cuando el sector agrario sigue siendo predominante y concentra fuerza de trabajo en gran medida. Las mujeres se desempeñan en actividades agrícolas, comerciales y manufactureras de carácter doméstico. La producción (y consumo) de bienes y servicios es resuelta por grupo familiar, por lo que las funciones económicas y domésticas conforman una unidad indiferenciada. Un segundo momento, como consecuencia del aumento de la productividad en el agro, las migraciones rural-urbanas, el desarrollo de las industrias modernas y la consecuente destrucción de las formas de producción artesanal, se evidencia una brusca caída de la participación de las mujeres. La autarquía del grupo familiar es desplazada por el creciente intercambio de bienes y servicios. Las funciones económicas y domésticas se diferencian y en este movimiento, las mujeres son relegadas al ámbito doméstico y confinadas a una función reproductiva. Por último, con la creciente diversificación de la economía y de los procesos de urbanización, fenómenos que promueven el desarrollo del sector terciario (transporte, comunicaciones, distribución, pero así también, educación, salud y gobierno, etc.), hay un incremento de la participación de las mujeres que se incorporan nuevamente a la actividad económica (WAINERMAN; RECCHINI DE LATTES, 1981; KRITZ, 1985).

Las actividades urbanas que absorbieron mayor cantidad de mano de obra a lo largo del período fueron las manufacturas, los servicios y el comercio.

La producción manufacturera había tenido escasa importancia al promediar el siglo XIX y estaba dominada por pequeños y medianos talleres de mecanización rudimentaria pertenecientes a trabajadores por cuenta propia o a un patrón que contrataba unos pocos brazos que producían a escala reducida (panaderías, carpinterías, mueblerías, herrerías, zapaterías). También funcionaban una serie de establecimientos de mayor tamaño (saladeros, curtiembres, aserraderos). Sin embargo, a partir de 1870 este sector comenzó a desarrollarse lentamente al calor de las tarifas proteccionistas implementadas y adquirió mayor dinamismo a partir de 1880 como consecuencia del incremento poblacional y los cambios en la demanda.⁵ La evolución del ramo industrial distó de ser uniforme, algunos rubros se mecanizaron mientras otros sólo agruparon a los trabajadores sin alterar los métodos tradicionales (industrias “no fabriles”, no mecanizadas). Y si bien por esos años ya funcionaban un centenar de modernos establecimientos fabriles, los pequeños y medianos talleres siguieron siendo la regla.⁶ Inaugurado el nuevo siglo algunas ramas habían experimentado procesos de concentración y se habían mecanizado (fábricas de muebles, aserraderos mecánicos, fábricas de ladrillos y mosaicos). Otros rubros, por el contrario, no habían modificado demasiado las formas tradicionales de organizar el trabajo y continuaban organizándose en pequeños y medianos talleres (herrerías, carpinterías, mueblerías, alfarerías, etc.). Aunque sólo se registraron 2 mil establecimientos más para 1909 (8 mil en total), el

⁵ De los 6 mil establecimientos registrados en 1887 sólo una tercera parte habían sido fundados antes de la década del ochenta (SÁBATO; ROMERO, 1992, p. 66).

⁶ De los 6 mil establecimientos registrados en 1887, tan sólo 85 podían ser calificados como “grandes” empresas. Se trató en general de fábricas que producían mercancías de elaboración sencilla y con materias primas baratas, ubicadas en las denominadas “ramas fáciles” de sustituir como la alimentación, las que utilizaban insumos ganaderos y las vinculadas a la construcción. Tal es el caso de establecimientos elaboradores de carne, cerveza, cigarrillos, jabón, velas, curtiembres, cal, yeso y mosaicos (ROCCHI, 1994).

número de trabajadores se triplicó, pasando de 75 mil a 200 mil obreros en el transcurso de esos veinte años.⁷ En términos relativos, estas cifras representaron entre el 25% y el 30% del total de la población con trabajo. Buenos Aires se constituyó en el centro industrial más importante del país y para 1914 se verifica que el sector continúa con su impulso anterior, empleando 273 mil trabajadores.

Por su parte, las actividades comerciales también adquirieron gran impulso. Entre la década del '80 y los primeros años del novecientos la ciudad contaba con poco menos de 18 mil establecimientos comerciales triplicando la demanda y albergando más de 90 mil trabajadores (el 20% de la población ocupada total). Hacia 1910, la actividad comercial absorbió el 18%, sobrepasando los 121 mil empleados/as; desde entonces comienza a disminuir su importancia relativa (absorbe el 8,5% del total ocupado para 1914).⁸ La ciudad contaba con poco menos de 600 boliches, fondas, bodegones y cafés y un número similar de hoteles y restaurantes. Más de 4 mil almacenes de alimentos y bebidas y mil carnicerías diseminadas por la ciudad que proveían a sus vecinos los comestibles diarios (tiendas manejadas por el dueño con "ayuda" de la familia o algún empleado o dependiente). Pero además de las viejas pulperías y los almacenes en las esquinas, las compras básicas se completaban con los productos que ofrecían los marchantes que recorrían las calles vociferando frases pregoneras para atraer a su clientela. Por su parte, en torno a algunas estaciones terminales y plazas se organizó una intensa vida

⁷ Por esos años se habían agregado más establecimientos de confecciones, textiles, calzado, envases, a la vez que se multiplicaron las industrias que existían previamente (ROCCHI, 1994).

⁸ En este sector preponderaban los varones y en gran medida los extranjeros. Para principios de siglo el predominio masculino se registró en un 80% y los extranjeros sumaban el 63% de los trabajadores. De todas formas, se ha evidenciado la presencia de alrededor de 15 mil mujeres y más de 5 mil niños/as repartidos en establecimientos que comerciaban alimentos (almacenes de comestibles y bebidas, lecherías y tambos, hoteles, fondas y restaurantes), artículos de vestido y tocador (tiendas y mercerías, zapaterías) y depósitos de carbón y leña, sólo por señalar algunos de los más representativos.

comercial. Ya para 1887, más de una docena de mercados que habían empezado como ferias al aire libre concentraban alrededor de mil tiendas. Puestos de venta de carne, aves, pescado, frutas y verduras, quesos y manteca y demás bienes de consumo diario nucleaban parte importante del comercio al menudeo. A vez, desde principios de siglo funcionaban más de 700 zapaterías y de 2400 negocios y mercerías (baratijas). Pero la mayor novedad la ofrecían las grandes tiendas que combinaban el comercio con la producción de una gran variedad de bienes de consumo. Tal es el caso del emporio *Gath & Chaves*, que para 1910 contaba con dos edificios de seis y cuatro pisos en Buenos Aires, y ocupaba a casi 5 mil personas.⁹ Asimismo, fueron apareciendo locales especializados: casas de peinados, mueblerías y lampareras, locales de venta de alfombras, almacenes de música, almacenes de esgrima, jugueterías, relojerías y joyerías, entre otros.

En relación a los servicios personales se puede señalar que en las décadas previas al '80 este sector era el más numeroso, albergando más de la mitad de la población ocupada de la ciudad, sobre todo por el peso del servicio doméstico.¹⁰ Sin embargo, para 1869, ya comenzó a registrar una ralentización. Entre la década del '80 y los primeros años del novecientos, se verificó un descenso considerable del personal de servicios, que de representar un cuarto de la población total ocupada en 1887, pasó a constituir menos del 14% para 1904 (57 mil trabajadores aproximadamente). Para 1914, el personal de servicios ha reducido aún más su incidencia relativa y no llega a alcanzar el 9%, aunque alberga alrededor de 98 mil almas.

⁹ Ocupaban a centenares de empleados, sastres, modistas, bordadoras, costureras, sombrereros y demás que trabajan en sus talleres o en edificios de varios pisos (ROCCHI, 2000a).

¹⁰ Además del personal de servicio doméstico, este sector está conformado por lavanderas, planchadoras, amas de leche, mozos, cocineros y ayudante de cocina de locales comerciales, serenos, caballerizos, peinadores, mensajeros, entre otros.

La menor importancia relativa del comercio y los servicios está asociada al crecimiento de otras actividades que solicitaron menor cantidad de mano de obra pero no por ello fueron menos significativos en sus avances. Por ejemplo, los empleados públicos se quintuplicaron ya que de 12 mil pasaron a más de 57 mil entre 1887 y 1914 (el mayor aumento se registró en los años de entre siglos). Los transportes y las comunicaciones también experimentaron una expansión considerable, sumando más de 45 mil trabajadores para 1914. Los empleos asociados a la educación y a la instrucción pública crecieron hasta superar los 30 mil ocupados/as para esos mismos años.

Es necesario destacar que la organización económica y laboral de la ciudad se resiste a la cuantificación y resulta difícil de medir con las categorías censales. El análisis de la estructura ocupacional devuelve una imagen un tanto estática y (por ello) distorsionada del funcionamiento de la economía urbana y el mercado de trabajo. La demanda de brazos estuvo lejos de ser estable y hubo desplazamientos permanentes de mano de obra de una actividad a otra. Se trató de una organización atomizada y flexible del trabajo.

Un recorrido por el universo laboral porteño

Los diversos sectores de actividad albergaron una heterogeneidad considerable de empleos.¹¹ Los censos han ofrecido una definición muy amplia del término “ocupación” que puede sintetizarse como “profesión, oficio o medio de vida” y han elaborado centenares de categorías (que van de 100 a poco menos de 500 según el relevamiento) para poder agrupar y ordenar las declaraciones de los habitantes de la ciudad.¹²

¹¹ Para facilitar la exposición de la información y por una cuestión de extensión, sólo se incluyen ocupaciones con más de 1.000 trabajadores/as. El criterio seleccionado es la significación numérica.

¹² La información disponible presenta una serie de dificultades asociadas a la conceptualización, el registro, la medición y la organización de los datos. De todas formas, se puede dimensionar la Diálogos (Maringá. Online), v. 16, n.2, p. 385-415, mai.-ago./2012.

Si se observan las grillas, a primera vista podría sostenerse que la ciudad ofreció una diversidad considerable de empleos. El escenario se fue complejizando y muchas de las profesiones, artes u oficios que no desaparecieron fueron mudando sus características al tiempo que otras nuevas se desarrollaron. El universo laboral evidenció una diferenciación creciente. Pero esta modernización de la estructura ocupacional y el aumento y la diversificación de las posibilidades afectaron de forma diferencial a varones y mujeres ya que éstas continuaron concentradas en gran medida en unas pocas actividades consideradas “tradicionales”. La inserción laboral de unos y otros evidencia la existencia de procesos de *segregación ocupacional*.¹³ Las mujeres fueron generalmente marginadas de las nuevas ocupaciones modernas y confinadas a unos pocos grupos de ocupación de bajo nivel de calificación y/o productividad. Es por eso que a pesar de la ampliación y diversificación de la estructura ocupacional, se limitaron en su gran mayoría a participar de los empleos que ya existían previamente -costureras, modistas, domésticas y sirvientes, cocineras, lavanderas, planchadoras- (KRITZ, 1985).

De todas formas, es sabido que el uso de las estadísticas es discrecional y en una descripción de conjunto muchas veces se tiende a destacar procesos o fenómenos numéricamente significativos que opacan a los minoritarios o menos representativos. Si a la mayor visibilidad de las mayorías se le suma el predominio de imágenes que presentaron a las mujeres en el seno del hogar, es

importancia numérica de las ocupaciones y su composición por sexo y origen.

¹³ El término refiere a los mecanismos que impiden la igualdad de oportunidades para acceder los empleos que una estructura ocupacional ofrece. Así, altos niveles de segregación indican que mujeres y varones se concentran en ocupaciones integradas en su mayoría por personas de su mismo sexo, o lo que es lo mismo, que el género es un criterio para crear espacios laborales socialmente diferenciados y jerárquicos. Pueden reconocerse entonces dos modalidades de segregación: uno opera de forma *horizontal*, cuando varones y mujeres trabajan en sectores económicos diferentes, en ramas de actividad y tipos de ocupación distintos; el otro, de carácter *vertical*, se manifiesta cuando sujetos de ambos sexos se desempeñan en un mismo sector pero ocupan posiciones diferentes por niveles de jerarquía (OLIVEIRA; ARIZA, 1997; PAZ, 2000).

comprensible que haya prevalecido una visión corriente sobre la debilidad de la participación femenina en el trabajo asalariado fuera del hogar.¹⁴

Se ha demostrado que las mujeres fueron incorporadas a fábricas con estructuras organizativas modernas que requerían mano de obra sin calificación (tal es el caso del rubro de la alimentación, frigoríficos, establecimientos de producción de cigarrillos, fósforos, la industria textil, etc.). Otras, que no formaban parte de la fuerza laboral dentro de los establecimientos, se desempeñaban en sus domicilios bajo la modalidad del *sweating system* (por eso quedaban excluidas de los relevamientos).¹⁵ Por su parte, las que tenían alguna calificación o mayores niveles de instrucción, se desempeñaron en establecimientos comerciales como vendedoras y fueron convocadas para realizar “trabajo de escritorio” a medida que se fue desarrollando un aparato burocrático-administrativo en la actividad privada y en las numerosas reparticiones públicas; se incorporaron a los servicios como operarias telefónicas, maestras y enfermeras; y en principio, unas pocas se aventuraron a ejercer “profesiones” (ROCCHI, 2000b; LOBATO, 2005-2006; LOBATO, 2007).

Por su parte, los varones tenían más alternativas de inserción porque el universo de posibilidades era mayor. Trabajaron como obreros manuales en

¹⁴ Los procesos de reestructuración del mundo del trabajo urbano y la constitución de nuevos espacios laborales se sucedieron junto a la delimitación de dos esferas sociales (pública y privada) que habilitaron ámbitos diferenciales (y diferenciadores) para varones y mujeres a la vez que modificaron sus relaciones. Sobre todo el confinamiento de las mismas al ámbito doméstico y la definición de la maternidad como constitutiva de la “naturaleza femenina” hicieron del trabajo asalariado el principal objeto de acusaciones y críticas por parte de sus detractores (SCOTT, 1993).

¹⁵ El Departamento Nacional del Trabajo (DNT) definió en 1921 al trabajo a domicilio como “toda clase de transformación industrial ejecutada, habitual o profesionalmente por obreros (sic), en el local que constituye su domicilio siempre que, en todo o en parte, se efectúe por cuenta y orden de un patrón (Art. 155). Las personas que se ocupen de este tipo de trabajo se llaman trabajadores a domicilio sin distinción de sexo ni edad: no estando comprendidas en esta clasificación ni las que se dedican al servicio doméstico ni las que trabajan por cuenta propia en sus domicilios. (Art. 156)” (LOBATO, 2007, p.60).

pequeños y medianos talleres de mecanización rudimentaria que se contaban por miles (carpinterías, mueblerías, herrerías, zapaterías, sastres, etc.). También solicitaron empleo en un centenar de grandes establecimientos fabriles (elaboradores de carne, cerveza, cigarrillos, curtiembres, cal, yeso, textiles, etc.), que producían mercancías de fabricación sencilla y demandaban mano de obra poco calificada. Lograron ubicarse como empleados de miles de comercios que proliferaron en la ciudad: fondas, bodegones, cafés, pulperías y almacenes, locales y puestos callejeros, tiendas de ropa, etc. Asimismo, figuras de lo más recurrentes en el escenario urbano eran los miles de cocheros y carreros que paraban en plazas y mercados, foguistas y maquinistas ferroviarios, empleados tranviarios y trabajadores portuarios.

Ahora bien, una mirada más pormenorizada de estas alternativas laborales evidencia que en general las ocupaciones declaradas por los habitantes de la ciudad se agruparon en unas pocas categorías que absorbieron la mayoría de la fuerza trabajo. En efecto, a pesar del notable incremento de la población con empleo, las profesiones que concentraban más de mil trabajadores representaron entre un 7% y un 25% del total consignado en las grillas censales y absorbían al menos tres cuartas partes del total con ocupación.¹⁶ Al respecto,

¹⁶ A continuación las ocupaciones que albergan más de mil trabajadores/as. Se marca con un asterisco (*) las ocupaciones que absorben entre 10 y 20 mil trabajadores/as y con dos (**) entre 20 y 30 mil. A su vez se subrayan las nuevas ocupaciones consignadas. Para 1869: albañiles, carpinteros, carreros, changadores, cigarreros/as, cocineros/as, costureras, empleados (de comercio?), herreros, lavanderas, marineros, marinos, mozos de café, mucamos/as, panaderos, planchadoras, rentistas, sastres, sirvientes, zapateros y jornaleros y peones*. Para 1887: maestros de escuela, empleados, militares, carniceros, agricultores y chacareros, hacendados, cigarreros, herreros, marinos, modistas, panaderos, peluqueros, pintores, sastres, talabarteros, tipógrafos, zapateros, carreros, cocheros, lavaderos y planchadores, albañiles*, carpinteros*, costureras*, domésticos** y jornaleros** y el rubro de comercio en general** (que pareciera involucrar tanto a empleados como a dueños de locales). Para 1904: agricultores, hacendados, albañiles, aparadores, bordadoras, carpinteros, cigarreros, costureras*, electricistas, herreros, hojalateros, industriales, maquinistas, mecánicos, modistas*, muebleros, panaderos, pintores, peluqueros, sastres, sombrereros, talabarteros, tipógrafos, zapateros*, almaceneros, comerciantes (más de 40 mil), corredores de bolsa, corredores de comercio, carboneros, carniceros, dependientes, empleados (de comercio)**, lecheros, carreros, cocheros, estibadores, marinos, cocineros, domésticos*, lavaderos, mucamos*, planchadoras, rentistas*, agentes de policía, empleados (públicos)**, militares, religiosos, abogados, profesores de música,

se ha señalado que esta concentración en unos pocos rubros de actividad no era sorprendente, ya que constituía el resultado necesario de una grilla importada que, diseñada para captar profesiones modernas y muy calificadas -con escasos efectivos en la época-, combinaba estas categorías ocupacionales específicas con otras sumamente agregadas que contenían a la mayoría de la población (peones y jornaleros, trabajadores domésticos, comerciantes, etc.). Así, el peso abrumador de algunos empleos de bajo nivel de calificación y/o productividad sumado a la población desocupada, contrastaba con la fascinación que generaba el desarrollo aquellos sectores de actividad que eran apreciados como “indicadores de progreso” -las actividades agropecuarias, la industria, el empleo público, la educación e instrucción- (OTERO, 2006, p. 258-259).

Con todo esto, los jornaleros y peones y el servicio doméstico se presentaron por mucho como las alternativas más frecuentes para la población sin especialización ni oficio y seguramente con bajos niveles de instrucción.

Los peones-jornaleros constituyeron una categoría que designó más una modalidad de empleo o una relación particular con el mercado laboral que una ocupación. En efecto, no pertenecían a ningún sector de actividad porque justamente se trataba de trabajadores que estaban desperdigados por todos lados pero que, en cada caso, designaban básicamente a los de menor calificación. Se trataba de mano de obra temporal que se movía por la ciudad y

educacionistas, estudiantes, jornaleros (más de 50mil) y vendedores ambulantes. Para 1909: agricultores, hacendados, albañiles*, aparadores, bordadoras, carpinteros*, cigarreros, costureras*, curtidores, corseteras, cortadores, ebanistas, encuadernadores, electricistas, fundidores, foguistas, gasistas, herreros, hojalateros, industriales, litógrafos, maquinistas, mecánicos, modistas, metalúrgicos, muebleros, panaderos, picapedreros, pintores*, peluqueros, sastres*, sombrereros, talabarteros, tejedores, tipógrafos, torneros, zapateros*, almaceneros*, abastecedores, comerciantes (más de 50 mil), corredores de comercio, comisionistas, carboneros, confiteros, carniceros, constructores, dependientes de escritorio, dependientes de comercio, empleados de comercio**, lecheros, tenedores de libros, verduleros, carreros, chauffeurs, estibadores, marinos, mayores, motormans, cocineros**, domésticos (más de 30 mil), lavaderos, mucamos**, niñeras, planchadoras*, trabajadores domésticos (más de 40 mil), rentistas*, agentes de policía, empleados públicos**, militares, religiosos, enfermeros, farmacéuticos, médicos, artistas teatrales, músicos, profesores de música, educacionistas, estudiantes*, jornaleros (más de 70 mil), vendedores ambulantes.

la campaña, empleándose indistintamente en el puerto, las barracas, los mercados, las actividades constructivas y obras públicas, los ferrocarriles, las tropas de carreta, las cosechas, etc. (SÁBATO; ROMERO, 1992, p. 46). En alusión a esta modalidad ocupacional precaria, Cortés Conde ha señalado que es necesario insistir en esta característica peculiar del elevado número de trabajadores no especializados altamente móviles y que no estaban definitivamente ubicados en ningún sector, porque justamente es una de las situaciones laborales que más caracterizó al mercado de trabajo en Argentina de esa época (CORTÉS CONDE, 1979). En la ciudad de Buenos Aires, los jornaleros y peones constituyeron el grupo ocupacional más numeroso y uno de los que más creció (en términos relativos y absolutos). Entre 1869 y 1914 constituyeron entre un 12% y un 7% de la población ocupada total; sumaban más de 10 mil para 1869 y alrededor de 82 mil para 1914. Se trató mayoritariamente de hombres y entre ellos predominaron los extranjeros que constituyeron un 60% y un 90% de estos trabajadores itinerantes.

El otro sector en el que se agolpó un gran número de trabajadores/as lo constituyó el servicio doméstico, que devino un segmento laboral muy significativo en la configuración del mercado de trabajo urbano.

El caso del servicio doméstico

El servicio doméstico consistió básicamente en la prestación de servicios personales para realizar tareas vinculadas a la reproducción cotidiana de los miembros de una familia o individuo a cambio de un salario o ciertas prestaciones como el uso y consumo de una serie de bienes de subsistencia. Estos servidores formaron parte de la vida del hogar junto a otros miembros de la familia. Así, el espacio doméstico definía las relaciones entre estas personas que, por su función, su origen social y étnico, su sexo y su edad ocupaban diferentes posiciones sociales (GRAHAM, 1993). Sobre todo quienes vivían en

el mismo lugar donde trabajan -modalidad de lo más extendida por aquellos años- dependían de sus patrones para satisfacer sus necesidades básicas (techo, alimentación, vestido, calzado) y estaban permanentemente a su disposición. Esto implicaba que el desarrollo de los más diversos aspectos de su vida (tales como los momentos de descanso y de ocio, las relaciones familiares y/o afectivas) quedaban mediatizados en gran medida por su ocupación, o mejor dicho, por su “condición de sirvientes” (SARASÚA, 1994, p. 6).

El sector albergó diversas funciones y labores que, en ocasiones, resultaron en figuras ocupacionales diferentes al interior del plantel de servicio: amas de llaves, amas de leche, cocineros/as, cocheros, criados/as, domésticos/as, mayordomos, mucamos/as, niñeras, pinches, porteros, sirvientes, entre otros. Asimismo, supuso diferentes modalidades de empleo (cama adentro, cama afuera, por horas).

Ahora bien, el servicio doméstico en tanto segmento laboral resulta escurridizo a las fuentes. Una serie de elementos han atentado contra su visibilidad y cuantificación. Los censos no ofrecieron información sobre el sector sino que registraron una serie de ocupaciones que generalmente conformaron la categoría “servicios personales” en las grillas censales.¹⁷ Por eso es necesario definir y reconstruir este segmento laboral y, sobre todo, delimitar las ocupaciones que lo conformaron. De esta forma, al consultar los relevamientos censales es posible observar que las denominaciones y su número fueron variando y que, sobre todo a partir del novecientos, los registros evidenciaron un aumento en las ocupaciones establecidas, que puede responder

¹⁷ La única excepción la constituye el Primer Censo Nacional de 1869. En esta ocasión se optó por una clasificación alfabética extensiva de las profesiones declaradas en las cédulas censales que reprodujo todos los matices laborales sin un proceso previo de abstracción ni de reducción de la información. Los censos que le sucedieron modificaron sustancialmente la forma de percibir el universo ocupacional ya que tradujeron la realidad caótica de los formularios a un “cosmos de categorías” ordenadas además por sectores de actividad y otros criterios residuales (OTERO, 2006).

efectivamente a una mayor complejización del sector, o bien, a una mayor sofisticación del aparato censal para registrar alternativas laborales.

Los valores que se presentan a continuación son el resultado de la suma de algunas de las ocupaciones que conformaban el rubro.¹⁸ Esto se debe a que existieron casos donde una misma denominación condensó profesiones pertenecientes a distintos sectores de actividad, o bien homogeneizó (ocultó) modalidades de empleo distintas. Además, muchas de ellas mudaron sus características, pero no fue posible dilucidar los cambios suscitados porque se intentó conservar las categorías consignadas para favorecer la comparabilidad de los datos (conservaron sus viejos nombres, pero fueron mutando). A modo de ejemplo: si bien las amas de leche aparecen a veces en las cédulas censales formando parte del plantel de servicio de una familia, se sabe que también trabajaban en sus domicilios particulares o para instituciones públicas como amas internas o externas (en orfanatos, hospitales o maternidades). En el caso de cocineros/as o pinches (ayudantes de cocina) sucede algo similar, muchos se colocaban en casas de familia, pero lamentablemente el censo no discrimina a éstos de aquellos que se empleaban en cientos de boliches, fondas, bodegones y cafés y un número similar de hoteles y restaurantes. El caso de los cocheros también es particular, porque si bien por aquellos años había familias que tenían sus coches particulares, esta figura ocupacional designaba en gran medida a quienes se encargaban de trasladar pasajeros que circulaban por las calles o arribaban a las plazas donde se organizaba el servicio de coches públicos.

A su vez, los censos ofrecen dificultades para la medición del trabajo femenino e infantil. Una parte importante de las actividades que realizaban las mujeres fueron ignoradas por los encuestadores, sobre todo aquellas desempeñadas en el ámbito doméstico (costureras, modistas, servicio

¹⁸ Los valores presentados son la suma de: amas de llaves, domésticas, gobernantas, mayordomos, mucamos/as, niñeras, preceptores, sirvientes. Se excluyeron: amas de leche, cocineros/as, pinches, cocheros, porteros y trabajadores domésticos.

doméstico, etc.), por ser actividades muy ligadas al rol tradicional de la mujer que no se diferenciaban claramente de las tareas que las mismas realizaban para el hogar (FEIJÓO, 1990). En el caso de los menores de edad, el problema se debe a que los censos definieron una edad mínima (mayores de 14 años) para requerir información sobre la ocupación y esto redundó en la invisibilización de miles de niños que efectivamente participaban en el mercado de trabajo.¹⁹

Con todo esto, no sólo se quiere dar cuenta de las dificultades que presenta la reconstrucción del servicio doméstico como objeto de estudio, sino también la subnumeración evidente que ofrecen los datos aquí presentados. Es por eso que, para contrarrestar las posibles distorsiones en el registro y complementar la información, los registros censales fueron analizados a la luz de las cédulas censales (disponibles para 1869 y 1895) y de avisos de empleo de diario locales.²⁰

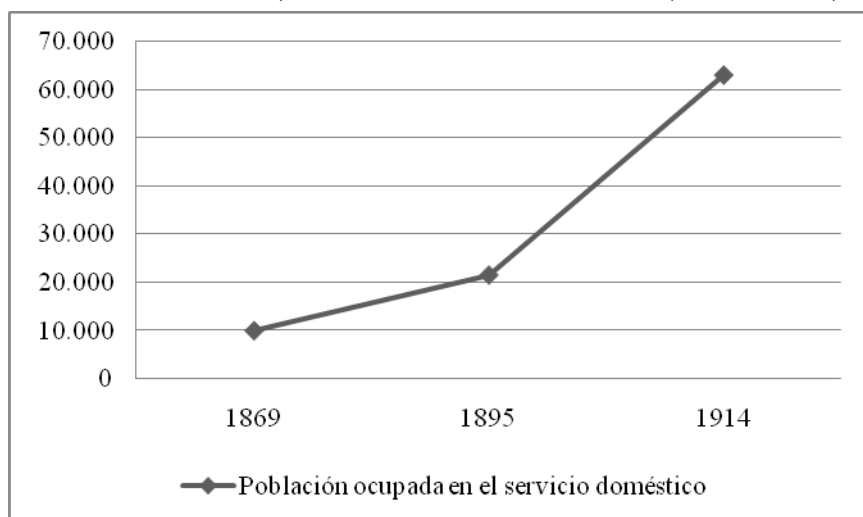
Realizadas estas aclaraciones sobre la complejidad constitutiva del estudio de esta actividad podemos sostener que la importancia cuantitativa del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires ha sido sustantiva y que se constituyó en un segmento laboral sumamente relevante, sobre todo si se considera que esas cifras no reflejan la totalidad de la estructura ocupacional de las ciudades, sino sólo una parte de éste (debido a los problemas de subregistro antes mencionados). Con niveles nada desdeñables de representatividad, el sector absorbió para 1869 más del 10% del total de la población con ocupación

¹⁹ Conforme a una matriz legalista, se estableció que el período laboral se extendía entre los 15 y los 60 años; así, se solicitó información sobre ocupación a “personas mayores de 14 años y más”. El corte etario coincidía con el fin del período escolar obligatorio y también con la edad mínima para contraer matrimonios. En palabras de Otero, “la inadecuación del precepto legalista es particularmente evidente en este punto, ya que la edad al inicio de la actividad laboral era en muchos casos inferior a la establecida por la ley” (2006, p. 253-254).

²⁰ Con las Cédulas censales se confeccionaron dos muestras de 1000 casos cada una que contienen datos sobre población ocupada en el servicio doméstico (nacionalidad, sexo, edad, instrucción, etc.). Por su parte, se incorpora el análisis de los avisos de empleo del diario *La Prensa* publicados entre los años 1870 y 1910.

con más de 10 mil trabajadores/as. Su importancia relativa fue disminuyendo hasta representar para 1914 menos del 6% de los habitantes que declararon ocupación, pero aún así, en términos absolutos esta actividad siguió engrosando sus filas y sextuplicó su número, superando los 60 mil trabajadores/as.

Gráfico n. 1. Población ocupada en el servicio doméstico, 1869-1914 (valores absolutos)

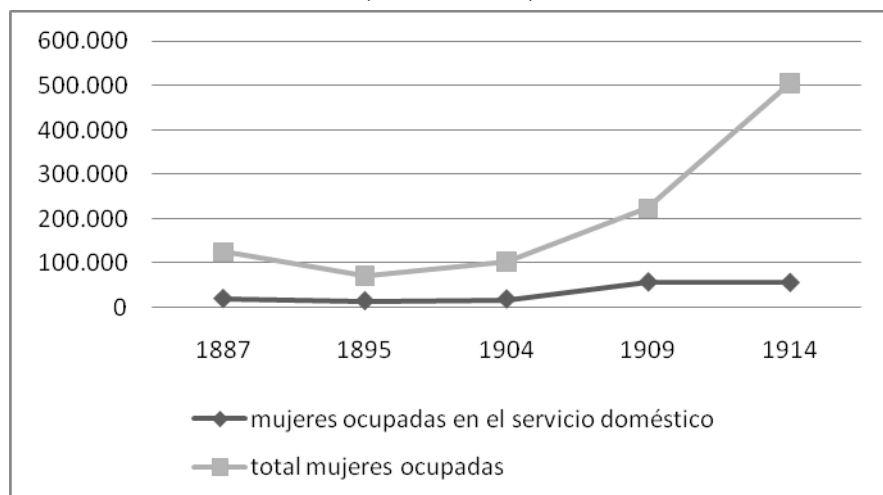


Fuente: Censos Nacionales de Población de 1869, 1895 y 1914.

El peso del servicio doméstico en la estructura ocupacional de Buenos Aires es tan importante como en otras ciudades europeas y latinoamericanas. Los sirvientes en París suman alrededor del 7% en 1850 y del 6,7% en 1911. En Madrid se ha estimado que los sirvientes han representado el 10% para 1846, sumando poco menos de 24 mil ocupados, y el 14% para 1860, con unos 45 mil trabajadores (SARASÚA, 1994, p. 70). En Río de Janeiro, Graham ofrece datos sobre las mujeres ocupadas en el sector evidenciando que para 1870 trabajaban como domésticas más de 30 mil mujeres (libres y esclavas), constituyendo el 16% del total de la fuerza de trabajo femenina de la ciudad. Para 1906, las cifras ascendían a más de 77 mil mujeres (libres), lo que redundaba en un 76% de total de las que tenían ocupación (GRAHAM, 1993, p. 68).

En la ciudad de Buenos Aires, que es el caso que nos ocupa, el número de mujeres que se desempeñaron en la actividad se incrementó notablemente en términos absolutos, sumando más de 20 mil trabajadoras en 1887 y más de 57 mil trabajadoras en 1914. Ahora bien, en relación a otras alternativas laborales que absorbieron mano de obra femenina, la importancia de este rubro fue disminuyendo a medida que avanzaba el siglo XX. Es que, como ya se mencionó, con la aparición de nuevas posibilidades las mujeres se fueron incorporando a otras actividades. Aún así, para el período en cuestión, se observa que los niveles de incidencia del servicio doméstico en el total de la participación femenina fueron muy significativos ya que llegó a concentrar un cuarto de las mujeres con trabajo (25%).

Gráfico n. 2. Total de mujeres ocupadas y mujeres afectadas al servicio doméstico, 1887-1914 (valores absolutos)



Fuente: Censos Nacionales de Población de 1869, 1895 y 1914 y Censos de Población la ciudad de Buenos Aires de 1887, 1904 y 1909.

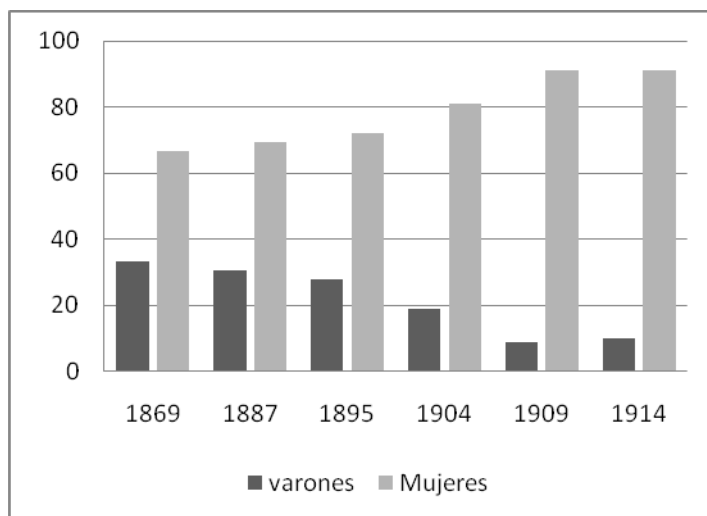
Con una afluencia de semejante magnitud, es comprensible que las páginas de los diarios hayan estado plagadas de avisos que tuvieran a las mujeres como protagonistas. El universo de los anuncios era inagotable, todos los días del año podían leerse ofrecimientos y requerimientos de empleo: “a las Diálogos (Maringá. Online), v. 16, n.2, p. 385-415, mai.-ago./2012.

sirvientas buenas, se precisan dos, una para mucama y otra para niñera” (LA PRENSA, 5 nov. 1870); “se ofrece una cocinera vasca española, sin cama, dando buenas recomendaciones de su conducta” (LA PRENSA, 17 feb. 1880); “sirvienta, se necesita una que sea mujer sola y con cama” (LA PRENSA, 1 feb. 1890); “mucama de preferencia francesa o alemana se necesita para casa en Belgrano” (LA PRENSA, 4 ene. 1910).

Las tareas domésticas han sido actividades socialmente atribuidas a las mujeres y efectivamente fueron ellas las que más se destacaron en el rubro. Sin embargo, para 1869 los censos evidencian que aproximadamente 30 de cada 100 personas ocupadas en el sector eran varones. Y si bien la importancia relativa de éstos tendió a disminuir como correlato de la expansión de otras alternativas laborales, una mirada rápida por las columnas de los avisos permite señalar que la presencia de varones que se ofrecían y se solicitaban para este tipo de labores fue permanente. La publicación de avisos tales como “se ofrece un hombre español para cocinero, mucamo o portero” (LA PRENSA, 9 mar. 1875), “se necesita un mucamo que sepa bien su trabajo” (LA PRENSA, 17 feb. 1880), “se ofrece un cochero para casa particular” (LA PRENSA, 17 feb. 1880), “se ofrece hombre italiano (...) entiende de cocina y servicio doméstico” (LA PRENSA, 3 ene. 1900), “muchacho se necesita uno para el servicio de una casa particular” (LA PRENSA, 3 ene. 1900), confirman una y otra vez dicha persistencia a través de los años.

Una mirada pormenorizada sugiere que varones y mujeres tenían inserciones diferentes al interior del rubro. Ellas se desempeñaban como amas de leche o nodrizas, ama de llaves, costureras, lavanderas, niñeras, planchadoras. Ellos generalmente como ayudantes de cocina, cocheros, porteros, mayordomos, jardineros. Sin embargo, en los trabajos domésticos más usuales -como cocineros, mucamos, sirvientas, domésticos o criados-, varones y mujeres compartían sus experiencias.

Gráfico n. 3. Varones y mujeres ocupados en el servicio doméstico, 1869-1914 (valores porcentuales) *



*Los datos para 1869 fueron extraídos de una muestra de mil sirvientes confeccionada a partir de las cédulas censales.

Fuente: Cédulas Censales de 1869, Censos Nacionales de Población de 1895 y 1914 y Censos de Población de la ciudad de Buenos Aires de 1887, 1904 y 1909

El predominio de las mujeres se fue acrecentando constituyendo entre un 70% y un 90% en el rubro entre 1869 y 1914 y esta relación entre sexo y ocupación se reafirmó en el largo plazo.²¹ El rubro se fue “generizando” con el pasar de los años hasta constituirse en una actividad eminentemente femenina.

No obstante, la mera existencia de varones socava aquella idea-fuerza arraigada en el imaginario social que concibió que las mujeres estaban constituidas “por naturaleza” para el desempeño del trabajo doméstico. Los avisos del diario confirman esta tensión al enfatizar en sus líneas una condición excluyente: la necesidad de saber realizar el trabajo para el cual se ofrecen o se solicitan de las mujeres. Son de lo más habituales menciones tales como:

²¹ Los registros censales evidencian que las mujeres representaron el 94% del sector para 1947 y el 97% para 1960.

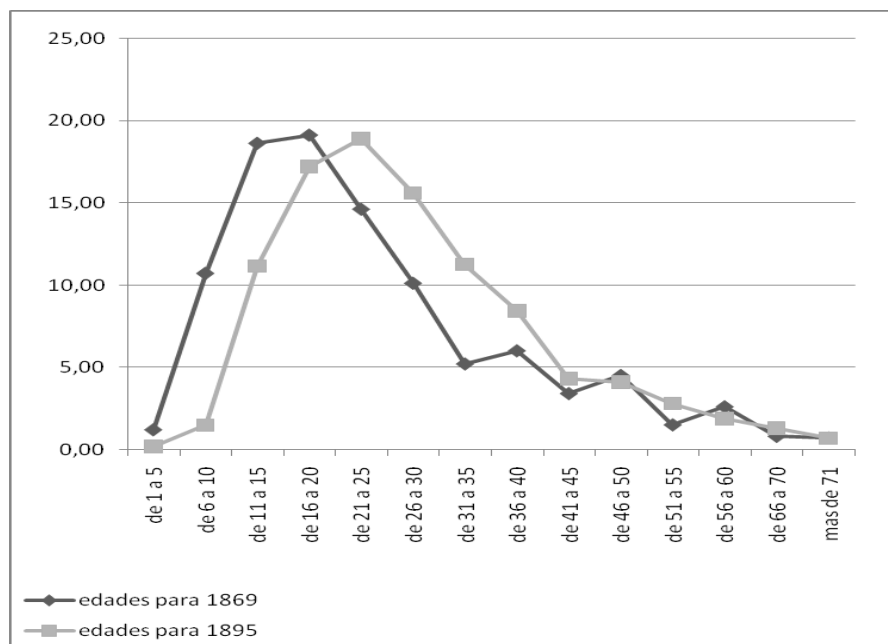
“sirvienta extranjera, se necesita una que sepa bien su oficio” (LA PRENSA, 17 feb. 1875), “niñera se necesita una que sepa cumplir con su obligación” (LA PRENSA, 8 ene. 1885), “se necesita una que sea mujer sola y con cama y se le pagará un buen sueldo si sabe cocinar bien, inútil es se presente si no sabe cumplir con su obligación” (LA PRENSA, 1 feb. 1890), “que sepa coser y planchar se necesita en casa de muy corta familia (...) inútil presentarse si no es competente”(LA PRENSA, 4 ene. 1910). Estas exigencias evidencian una y otra vez que podía haber mujeres que no eran eficientes para el trabajo doméstico o que nunca se habían desempeñado en este tipo de faenas. Con todo esto, queda de manifiesto el carácter adquirido que tenían estas tareas.

El servicio doméstico convocó a individuos de todas las edades. La alusión permanente a términos como “mujer”, “hombre,” “joven”, “muchacha/o” son elementos que sugieren (al menos de forma aproximada) la etapa que estaban transitando al momento de buscar empleo como así también las preferencias de quienes solicitan servicio. Ahora bien, una mirada rápida sobre las páginas de los diarios permite confirmar que era habitual requerir el servicio de niños para el desempeño de tareas domésticas: “muchacho de 10 a 12 años se necesita para el servicio” (LA PRENSA, 3 nov. 1870), “muchacha se precisa de 12 a 14 años” (LA PRENSA, 17 feb. 1875), “muchacha se necesita una de 13 a 15 años para cuidar una niña” (LA PRENSA, 20 feb. 1875), “muchacho se necesita uno para el servicio de una casa particular (...) se requiere de 10 a 13 años” (LA PRENSA, 26 sep. 1875); “muchacha de 8 a 10 años se necesita para matrimonio solo” (LA PRENSA, 2 mar. 1905), “muchacha de 10 a 12 años se necesita para quehaceres sencillos” (LA PRENSA, 4 dic. 1910). Por su parte, Pagani y Alcaraz (1991), quienes han analizado la evolución del mercado laboral de menores y niños entre 1900 y 1940 a partir del análisis de avisos de empleo, han demostrando no sólo la existencia de una oferta y demanda permanente para el desempeño de tareas

domésticas, sino también que los avisos específicos de este sector fueron numéricamente mayores en relación a las solicitudes de otras actividades como las manufacturas o el comercio.

El trabajo de niños menores de 14 años era de lo más frecuente en este segmento laboral. Al analizar en detalle la estructura de edades que surge de la confección de las muestras se evidencia que en general se trató de población infantil y juvenil la que estuvo afectada a este tipo de actividades.

Gráfico n. 4. Población ocupada en el servicio doméstico por rangos de edad, 1869-1895 (valores porcentuales)



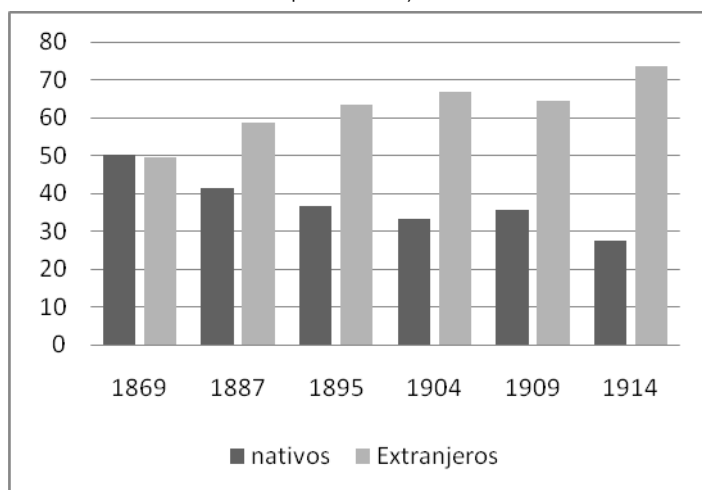
Fuente: elaboración propia a partir de las cédulas censales de los censos nacionales de población de 1869 y 1895.

La construcción de estos datos permite suponer que el trabajo doméstico era una de las primeras experiencias laborales y tal vez la única, considerando la corta edad de muchos de ellos. De allí que no sea arriesgado sostener que esta actividad se constituyó en uno de los principales canales de acceso al mercado de trabajo urbano para los sectores de menores recursos.

Esta hipótesis se refuerza si se considera otro atributo que frecuentemente aparece en los anuncios: la referencia al reciente arribo al país de muchos de los extranjeros que buscaban empleo: “una señora italiana de Lombardía, recién llegada a esta capital desea colocarse como cocinera de casa de familia” (LA PRENSA, 13 feb. 1880), “una señora recién llegada de Italia desea colocarse en casa de familia como ama, ropera; también tiene una sobrina de 17 años que se ocuparía” (LA PRENSA, 8 ene. 1885), “un matrimonio francés recién llegado de Europa desea colocarse en una casa de familia; la mujer como planchadora (...) o cocinera; el marido como sirviente” (LA PRENSA, 8 ene. 1885), “se ofrece hombre italiano formal, recién venido, entiende de cocina y servicio doméstico; poca pretensión” (LA PRENSA, 3 ene. 1900). Tal vez dar cuenta de esta condición de recién llegados era un recurso para evidenciar la vulnerabilidad de la situación de quien se ofrecía, la imperiosa necesidad de que los contrataran. O tal vez era una circunstancia que subrayaba un atributo muy valorado por entonces: el bagaje cultural “intacto” del lugar de origen. Lo cierto es que el servicio doméstico parece haber operado como una puerta de acceso al mercado de trabajo ya que muchos extranjeros intentaban insertarse en esta actividad al arribar a la ciudad porteña.

Con la gran inmigración del último cuarto de siglo XIX y principios del siglo XX, se operó un cambio sustancial en el perfil de los/as trabajadores/as del rubro. Hasta entonces la mayoría de los empleados domésticos habían sido criollos, indígenas, mestizos, negros y mulatos. Sin embargo, como se observa en el gráfico 5 esta relación entre nativos y extranjeros comienza a revertirse de forma temprana en favor de los segundos y ya para fines de 1880 su presencia superaba la de los “argentinos”.

Gráfico n. 5. Nativos y extranjeros ocupados en el servicio doméstico, 1869-1914 (valores porcentuales)*



*Los datos para 1869 fueron extraídos de una muestra de mil sirvientes confeccionada a partir de las cédulas censales.

Fuente: Cédulas Censales de 1869, Censos Nacionales de Población de 1895 y 1914 y Censos de Población de la ciudad de Buenos Aires de 1887, 1904 y 1909.

De todas formas, cabe destacar que en 1869 ya se habían incorporado al plantel de servicio muchos inmigrantes de diversos orígenes, siendo las nacionalidades más frecuentes la francesa, italiana y española. Para fines de siglo, el peso relativo de las distintas nacionalidades se había modificado de forma sustancial en favor de los inmigrantes europeos, siendo los de origen español los que más influjo tuvieron en el rubro (aunque eran los italianos los que más arribaban al país).

En relación a la importancia del sector sobre el total de argentinos y extranjeros ocupados puede señalarse que su incidencia es mayor en el caso de los últimos. El número de nativos crece muy lentamente y el servicio doméstico tiende a ser marginal en relación a otras alternativas laborales. Por el contrario, en el caso de los extranjeros, el sector no pierde significación y su número se duplica.

La primacía de extranjeros en esta etapa y para este segmento laboral tal vez no sea un dato demasiado sorprendente debido a que la mayoría de las ocupaciones evidenciaban una presencia significativa de inmigrantes en la ciudad. Pero en el mediano y largo plazo, la extranjería del personal doméstico se constituirá en un rasgo permanente. La presencia de migrantes internas y de países limítrofes será una constante ya que este rubro devino una de las opciones más frecuentes para las mujeres migrantes de bajos recursos de Latinoamérica.

Consideraciones finales

Como ha señalado Otero, los instrumentos empleados para medir el mundo social afectan la medición del objeto en cuestión e inciden de forma concluyente en la configuración de la imagen obtenida. Así, a pesar del gran esfuerzo de los censistas por tratar de enfatizar los elementos más distinguidos de la modernización económica y social, no se han podido negar las precariedades del proceso. Junto con la emergencia de flamantes oportunidades laborales perduraron enclaves de ocupaciones de bajo nivel de productividad y/o calificación que supusieron modalidades de empleo sumamente precarias, exponiendo a la población afectada a condiciones de vulnerabilidad sustantivas. Estas alternativas se constituyeron en grandes bolsones de trabajo donde se agolparon miles de varones y mujeres de distintos orígenes y desde edades muy tempranas que quedaron rezagados de las “corrientes del progreso” por no tener un oficio o especialización. Con todo esto, se ha tratado de cualificar los términos en los que la modernización del universo laboral tuvo lugar para poder destacar así que este proceso también tuvo un costado de precariedad.

Los pronósticos de aquel observador acerca de la inevitable desaparición del servicio doméstico fueron errados pero justificados por la vertiginosidad y contundencia del proceso de modernización que en la ciudad

se experimentaba. Sin embargo, lejos de reducirse, el servicio doméstico se constituyó históricamente en un segmento laboral de gran significación.

En esta aproximación al estudio del sector se plantearon las dificultades que se presentan al momento de abordarlo y las consideraciones que hay que tener al momento de trabajar con los censos de población. A pesar de ser un sector que se resiste a la cuantificación y que resulta difícil de medir e interpretar en su evolución y sus cambios, ha quedado demostrada su importancia cuantitativa. No sólo se ha destacado su lugar en la estructura ocupacional de la población porteña, sino que además se ha evidenciado que el servicio doméstico operó como un canal a través del cual niños, jóvenes y migrantes se insertaron en el mercado de trabajo urbano. Se avanzó en la reconstrucción del perfil de quienes se ocuparon en este rubro de actividad y se enfatizó que en el trabajo doméstico no sólo se emplearon mujeres, sino también varones en algunas ocupaciones específicas. A su vez, se dio cuenta de la importancia que tuvo el trabajo infantil en el sector. Por otro lado, se presentaron los cambios experimentados con el aluvión inmigratorio de entre siglos, quedando de manifiesto que el carácter femenino y extranjero del rubro no siempre fueron sus rasgos permanentes.

Ahora bien, si los enfoques feministas han contribuido a superar aquella visión de los trabajadores como un sujeto homogéneo y han incorporado la importancia del sexo-género como dimensión de análisis, es fundamental seguir complejizando la mirada y avanzar en el reconocimiento de otras determinaciones de los sujetos. Esta apuesta se comprende si se considera que el ámbito doméstico se constituyó en un espacio donde, además del sexo, operaron otros elementos tales como la edad, el origen social y étnico ordenando las relaciones y condicionando las experiencias de los servidores del hogar.

Fuentes

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Prensa*, 1870-1910.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN), Sala VII. *Censo Nacional de Población de 1869*, Sección 3, tomo 7, 1869.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN), Sala VII. *Segundo Censo de la República Argentina de 1895*. Censo Nacional de Población, Sección 3, tomo 477-478, 1895.

BIBLIOTECA NACIONAL. *La Argentina*, 10 nov. 1904.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS POLICIALES “Comisario Inspector Francisco L. Romay” (CEHPFR). *Censo General de población, edificación, comercio e industria de 1887; 1904; 1909*. Buenos Aires, 1887; 1904; 1909.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (INDEC). *Primer Censo de la República Argentina de 1869*. Buenos Aires, 1869

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (INDEC). *Segundo Censo de la República Argentina de 1895*. Buenos Aires, 1895.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (INDEC). *Tercer Censo de la República Argentina de 1914*. Buenos Aires, 1914.

Referencias

CÁRDENAS, Isabel. *Ramona y el Robot*. El servicio doméstico en barrios prestigiosos de Buenos Aires (1895-1985). Buenos Aires: Ediciones Búsqueda, 1986.

CIBOTTI, Ema. Del habitante al ciudadano: la condición del inmigrante. In: LOBATO, Mirta Zaida (dir.). *Nueva Historia Argentina*. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Tomo 5. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

CORTÉS CONDE, Roberto. *El Progreso Argentino, 1880-1914*. Buenos Aires: Sudamericana, 1979.

FEIJÓO, María del Carmen. Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo. In: ARMUS, Diego (comp.). *Mundo urbano y cultura popular*. Estudios de Historia Social Argentina. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

GRAHAM, Sandra L. Sirvientas y amos en Río de Janeiro en la década de 1870: percepciones de la casa y de la calle. In: CHANEY, Elsa M.; GARCÍA CASTRO, Mary (comp.). *Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.

KRITZ, Ernesto H. La formación de la fuerza de trabajo en la Argentina: 1869-1914. *Cuadernos del CENEP*. Buenos Aires, n. 30, p. 1-97, 1985.

LIERNUR, Jorge Francisco. La construcción del país urbano. In: LOBATO, Mirta Zaida (dir.). *Nueva Historia Argentina*. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Tomo 5. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

LOBATO, Mirta Zaida. Los trabajadores en la era del progreso. In: LOBATO, Mirta Zaida (dir.). *Nueva Historia Argentina*. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Tomo 5. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

LOBATO, Mirta Zaida. Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX. In: GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria; INI, Gabriela (dir.). *Historia de las mujeres en la Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires: Taurus, 2000.

LOBATO, Mirta Zaida. El trabajo de las mujeres en Argentina y Uruguay. In: MORANT, Isabel. *Historia de las mujeres en España y en América Latina*, vol. IV. Madrid: Cátedra, 2005-2006.

LOBATO, Mirta Zaida. *Historia de las trabajadoras en la Argentina: 1869-1960*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.

OLIVEIRA, Orlandina; ARIZA, Marina. División Sexual del Trabajo y Exclusión Social. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. Rio de Janeiro, año 3, n. 5, p. 183-202, 1997.

OTERO, Hernán. *Estadística y Nación*. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.

PAGANI, Estela; ALCARAZ, María Victoria. *Mercado laboral del menor (1900-1940)*. Buenos Aires: CEAL, 1991.

PAZ, Jorge A. Brecha de ingresos entre géneros. ¿Capital humano, segregación o discriminación? *Estudios del Trabajo*. Buenos Aires, n. 19, p. 35-66, 2000.

RECCHINI DE LATTES, Zulma. Crecimiento explosivo y desaceleración. In: ROMERO, José Luis (ed.). *Buenos Aires, Historia de Cuatro siglos*. Tomo 2. Buenos Aires: Altamira, 2000.

ROCCHI, Fernando. La armonía de los opuestos: industria, importaciones y construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920. *Entrepasados*. Buenos Aires, año IV, n. 7, p. 43-66, 1994.

ROCCHI, Fernando. El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916. In: LOBATO, Mirta Zaida (dir.). *Nueva Historia Argentina*.

El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Tomo 5. Buenos Aires: Sudamericana, 2000a.

ROCCHI, Fernando. Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930. In: GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria; INI, Gabriela (dir.). *Historia de las mujeres en la Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires: Taurus, 2000b.

SARASÚA, Carmen. *Criados, Nodrizas y amos*. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868. Madrid: Siglo XXI, 1994.

SCOTT, Joan W. La mujer trabajadora en el siglo XIX. In: DUBY Georges; PERROT, Michelle (dir.). *Historia de las mujeres*. Tomo 4. El siglo XIX. Vol. 8. Madrid: Taurus, 1993.

SABATO, Hilda; ROMERO, Luis Alberto. *Los trabajadores de Buenos Aires*. La experiencia del mercado, 1850-1880. Buenos Aires: Sudamericana, 1992.

WAINERMAN, Catalina H.; RECCHINI DE LATTES, Zulma. *La medición del trabajo femenino*. Cuadernos del CENEP. Buenos Aires, n. 21, p. 1-52, 1981.

